

Año LIII. urtea
131 - 2021
Urtarrila-ekaina
Enero-junio



FONTES LINGVÆ VASCONVM STVDIA ET DOCUMENTA

SEPARATA

Erreseina.

*Gipuzkoa antzinaroan:
hizkuntzak eta eremu
linguistikoak
onomastikaren argitan*

Jose M. Vallejo

Sumario / Aurkibidea

Fontes Linguae Vasconum. Studia et Documenta

Año LIII. urtea - N.º 131. zk. - 2021

Urtarrila-ekaina / Enero-junio

ARTIKULUAK / ARTÍCULOS / ARTICLES

Gulibarko aldaeraren inguruan (eta 3 – Txulapaingo azpialdaera: Elbarrena)
Koldo Artola 9

Garibairen errefrauetako *diago*: euskara, zakurrak eta ustekabeko beste
etimologia batzuk
Borja Ariztimuño López 47

Emakumearen irudia Axularren *Geron*
Enara San Juan Manso 61

Arrangoitzeko euskararen bilakaera Kanadara igorri gutun pribatu baten argitan
Maitena Duhalde de Serra 89

Dialekto-berdintzeari Lezamatik begira: adinaren, generoaren eta hizkuntz
jarreraren garrantziaz
Azler García-Palomino 113

Mahats hitzaren etimologia
Julen Manterola, Markel Lizasoain 147

Ohar etimologikoa: *golde*
José Ignacio Hualde 179

ERRESEINAK / RESEÑAS / REVIEWS

Censura y Literatura. Memorias contestadas
Nerea Eizagirre 195

*El Vocabulario Pomier. Edición y estudio de un diccionario manuscrito
anónimo euskera-español*
Nerea Fernández de Gobeo Díaz de Durana 199

*Gipuzkoa antzinaroan: hizkuntzak eta eremu linguistikoak onomastikaren
argitan*
Jose M. Vallejo 205

Sumario / Aurkibidea

VARIA

Gipuzkoa in antiquity: languages and linguistic areas in the light of onomastics

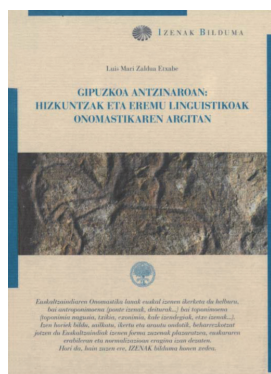
Luis Mari Zaldúa Etxabe

213

Idazlanak aurkezteko arauak / Normas para la presentación de originales /

Rules for the submission of originals

237



Gipuzkoa antzinaroan: hizkuntzak eta eremu linguistikoak onomastikaren argitan

Zaldúa Etxabe, Luis Mari. (2020).

(Izenak bilduma, 10).

Bilbao: Euskaltzaindia.

99 pp.

ISBN: 978-84-121889-6-7

Erreseina/Reseña/Review¹:

Jose M. Vallejo

Instituto de Ciencias de la Antigüedad –

Antzinaroko Zientzien Institutua UPV/EHU

josemaria.vallejo@ehu.eus

<https://orcid.org/0000-0003-2266-1750>

DOI: <https://doi.org/10.35462/flv131.10>

La colección *Izenak Bilduma* de Euskaltzaindia publica la monografía de Luis Mari Zaldúa (LZ) sobre la antigüedad en Gipuzkoa (arqueología, lingüística) donde, repetidamente, se defiende el valor de la onomástica (a falta de otras herramientas, p. 16) como medio para conocer las lenguas de los tiempos pasados. Se ponen, por tanto, en relación, ya desde el mismo título, los dos dominios que vertebran toda la obra: el geográfico y el lingüístico.

El aspecto geográfico no es el menos controvertido, pero como el autor no le da una gran cobertura, yo también lo pasaré por alto: me refiero al hecho de que los límites modernos no tienen por qué proyectarse directamente en la antigüedad, con lo que la elección de un espacio como la Gipuzkoa moderna no deja de ser una convención, y una justificación para abordar, con un marco definido, problemas de la antigüedad.

Creo que el valor de la obra está, por tanto, en el tratamiento conjunto de datos provenientes de diversas fuentes, sean estas lingüísticas, literarias, arqueológicas, geográficas, etc. En este sentido, podemos decir que el autor no presenta muchos datos que, de una manera u otra, no se hubieran dado ya a conocer (por su parte o por parte de otros autores), pero consigue agruparlos en una obra y darles un tratamiento comparado adecuado.

El libro, condensado en información y opiniones, está precedido de una presentación por Roberto González de Viñaspre («Aurkezpena») y otra por Patxi Salaberri («Hitz batzuk») (pp. 9-12). El resto de los capítulos constituyen la obra en sí: en la Introducción al cuerpo general (pp. 17-26), LZ contextualiza los materiales antiguos hallados

¹ Este texto se enmarca en el proyecto de investigación PID2019-106606GB-C32 del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, y en el marco del Grupo Consolidado del Gobierno Vasco - Eusko Jaurlaritzia GIC12/92-IT698-13.

en Gipuzkoa; aparte de la testimonial presencia de monedas vasconas, las inscripciones que se pueden considerar propiamente de época romana son tres, a las que dedica sendos capítulos: la estela de Andrearriaga en Oiartzun (pp. 27-46), la estela de la ermita de San Pedro en Zegama (pp. 47-48) y el trozo de altar de la ermita de San Valerio en Arrasate (pp. 49-56). Les sigue el capítulo dedicado a los lugares citados por los geógrafos e historiadores antiguos (pp. 57-63), y otro donde recoge los topónimos actuales de la provincia que tienen apariencia antigua (pp. 65-68). En el siguiente capítulo discute los espacios lingüísticos a la luz de la información arqueológica (pp. 69-73). Por último, siguen a este corpus central unas conclusiones (pp. 75-81) donde se exponen las ideas principales. Las abreviaturas y las referencias bibliográficas cierran la obra, que podría haberse visto adornada con un apartado que recogiera los nombres y formas citados y comentados en las páginas anteriores.

Como he señalado, la obra tiene la virtud de reunir la información relativa a la antigüedad guipuzcoana; en la introducción propia, LZ comienza presentando los principales asentamientos con ocupación antigua, especialmente los fortificados, y abre la cuestión preguntándose (p. 19) qué lengua podían haber utilizado sus habitantes. Ya Agud utilizó el criterio toponímico, analizando el elemento *-ama* que aparece en varios nombres de lugar; a pesar de que este tipo de topónimos y los castros fortificados no están en una relación biunívoca, LZ sí establece una clara asociación, añadiendo un criterio geográfico: la mayoría de los poblados prehistóricos de Gipuzkoa se localizan entre las cuencas del Oria y del Urola, igual que muchos topónimos con *-ama* (p. 20). Según el análisis del sufijo, quizá relacionado con el comparativo celta **(is)amo-*, estos topónimos pertenecerían a un fondo indoeuropeo; con esta afirmación, ya desde el principio, LZ anticipa las conclusiones de su obra, que pueden resumirse en la división geográfica de Gipuzkoa en dos dominios: uno occidental (perteneciente lingüísticamente al mundo indoeuropeo) y otro oriental (relacionado con el mundo vascón).

Entre el material romano, también hay diferencia en el grado de aprovechamiento que puede hacerse de las piezas. En el amplio estudio que dedica a la estela de Andrearriaga, es de destacar que todo el análisis se centra en el único nombre indígena de la inscripción (de los dos que tiene), cuya secuencia onomástica LZ propone interpretar como *Val(erius) Beltesonis* ('Valerio, hijo de Beltesón'); no me parece imposible que la fórmula pueda corresponder a un solo individuo (*Val(eri) Beltesonis* [estela de] Valerio Beltesón), lo que, en cualquier caso, no altera la validez del análisis que el autor le dedica. La conclusión, a la luz de los paralelos, es que se trata de un nombre relacionado con el fondo vasco-aquitano tanto en la raíz como en los sufijos [*Bel(z)-te-so*]; dado que la asignación de la raíz *bel-* al mundo ibérico o vascón no tiene solución por el momento, la relación genética entre ambas lenguas también queda en suspenso en la obra, salvo por un comentario que el autor hace en la p. 44: la coincidencia del aquitano *belex* y el ibero *beles* quizá sea debida al paso del ibero al aquitano, por la convivencia estrecha; si no fuera así, la deberían haber tomado de otra tercera lengua.

El resto de materiales romanos es menos aprovechable: la inscripción de Zegama no tiene elementos indígenas y la de Arrasate contiene el hápax *Dialco*, que, a pesar de que parece no latino, no presenta relación con el fondo vascón. Tras analizar las

tres inscripciones, y, atendiendo a su situación geográfica, se aprecia claramente su distribución: una se encuentra al O de la provincia (San Valerio), otra al NE (Andrea-riaga) y otra al S (San Pedro). Y, como la realidad lingüística (escasa pero elocuente en alguna medida) obliga, la conclusión es que solo la del NE tiene elementos relacionados con lo vasco. Se puede reconocer así, de nuevo, el patrón lingüístico que divide la provincia en dos dominios.

Otra pequeña aportación material es la que proporcionan los geógrafos antiguos, quienes nos hacen llegar (casi por azar) algunos de los nombres que ellos manejaron; en concreto, para Gipuzkoa conocemos *Deva*, *Oiarso*, *Menosca*, *Morogi* y *Meelako*. A excepción de *Deva* y *Oiarso*, que continúan en uso hoy día, y como señala el autor, los demás tienen demasiados problemas (localización, transmisión literaria, etimología...) para poder centrar sobre ellos un estudio con garantías y concederles un gran valor a la hora de establecer conclusiones lingüísticas. De hecho, un topónimo conocido como *Oiartzun* tiene una reconstrucción segura por la forma moderna, no por las variantes literarias que ayudan poco en su análisis etimológico (*Oidaso*, *Olarso*, *Oiasso*). Entre la escasez de datos, la aparente etimología nos ayuda a descubrir el origen de los nombres, y podemos asignar *Deva* al mundo indoeuropeo (quizá más concretamente celta) y *Oiartzun* al vascón, con lo que se vuelve a cumplir el patrón geográfico-lingüístico que LZ había adelantado.

Otro terreno lábil es el de los topónimos actuales; entre ellos destacan los que el autor coloca en época prelatina y los latinos propiamente dichos. Entre los primeros (*Amiama*, *Arakama*, *Arkamo*, *Bedama*, *Beizama*, *Ezama*, *Untzama*, *Ultzama* y *Zegama*) LZ es consciente de la dificultad de análisis: por un lado, son actuales y por otro, se trata de topónimos menores (algunos de ellos, nombres de caseríos o de montes), y, por tanto, no tenemos documentación antigua. Para salvar parcialmente los problemas, el autor consigue aplicar algunos criterios, como el tratamiento *s > z* que suele darse en las adaptaciones de nombres latinos (o indoeuropeos en general) en su paso al vasco, confiando en la etimología de *Zegama* (< **seg^b*-) o *Beizama* (< **venisama*). También es importante para el autor el criterio de la falta de sonorización (*Aracus* > *Arakama*), lo cual tiene implicaciones cronológicas interesantes (los vascos deberían haber ocupado esta zona con anterioridad a la sonorización romance). Más dudoso me parece otro de los criterios con los que justifica el tratamiento lingüístico vasco, como es el de la síncope no cumplida (**(is)ama* > **(is)ma*), dado que en los romances circundantes la *-a-* no se sincopa normalmente, a no ser quizá por algún tratamiento antiguo prelatino (siempre y cuando *Bletisama* = *Ledesma*) o por una asimilación esporádica previa (como parece que ocurre en *Uxama* > *Osoma* > *Osma*). En cualquier caso, como estos topónimos se documentan en el centro y sur de la provincia, de nuevo vemos cómo se cumple el modelo distribucional citado.

Tampoco los nombres de lugar que LZ considera latinos están exentos de dificultades: algunos son más transparentes (*Getaria*) por tener una etimología reconociblemente latina (*cetaria*), pero el análisis de algunos otros es más complejo. Aunque varios puedan dejarse analizar mejor y tener alguna etimología verosímil (*Aketain* < (*fundus*) *Aquitani*, o *Galikao* < *Gallicanus*), otros son poco transparentes (*Aduna*, *Akoa*, *Oria...*), dentro de un grupo que LZ considera de antropónimos (p. 67); no

existe ninguna objeción a que el modelo de muchos topónimos pueda estar en un nombre de persona, pero (a falta de conocer documentación antigua), no me atrevería a asegurar que *Oria* o *Akoa* tengan ese origen (por ejemplo, *Akoa* a partir de **accona* < *Acco* [p. 68] me parece solo una de las posibilidades que tendría el nombre). En cualquier caso, también para este grupo de topónimos utiliza unos criterios que garantizarían la antigüedad y el análisis de cada forma: el primero es la clara falta de sonorización en *Getaria* (y, en su opinión, en otros nombres como *Arakama* o *Akoa*), y también en *Aketain*, si proviene de (*fundus*) *Aquitani*. En cualquier caso, estas formaciones toponímicas sobre bases antropónimicas sirven a LZ para demostrar también que Gipuzkoa no estuvo poco romanizada en la antigüedad.

Concluyendo con este comentario, si hacemos un repaso de los materiales utilizados, vemos que cada uno por sí tiene realmente poco valor para extraer grandes conclusiones que afecten a la historia lingüística de la provincia: recordemos que en las inscripciones romanas solo hay un nombre sobre el que fundamentar un análisis (*Belteso*), y que, entre los topónimos antiguos, solo hay dos que permitan tener alguna seguridad etimológica (*Deva* y *Oiasso*). El resto son también campos con escasa información, cuya validez será, precisamente, la unión ponderada de todos ellos: como comentaba al principio, el valor total es mayor que la suma de cada uno de ellos independientemente y eso es lo que hace valer el autor para llegar a su conclusión: la división lingüística de la provincia en la antigüedad en dos dominios (O / E) cuya frontera no se puede trazar con nitidez, pero sí parece que correspondería a la división clásica que hacen las fuentes literarias en várdulos y vascones (pp. 69-73).

Entiendo que LZ es consciente de las implicaciones de su propuesta, sobre todo en lo referente a la cronología de ocupación posterior por parte de gentes de habla vasca de esa zona occidental indoeuropeizada, no solo de la guipuzcoana, sino también de la más oriental. En realidad, no solo es importante el dato en sí, sino también la metodología empleada para llegar a ese dato: ¿la escasez de materiales a la que nos enfrentamos permite avalar estas conclusiones? Con este margen tan pequeño, ¿los silencios han de interpretarse siempre negativamente?

No entraré a opinar sobre asuntos que LZ no menciona en su libro, pero sí me gustaría comentar la trascendencia de algunas cuestiones. La primera es el método que utiliza en su análisis: cualquiera de los datos manejados es pasado por varios filtros que le proporcionan una seguridad metodológica. Pero como los orígenes de estos datos son diferentes, cabe preguntarse si, para estudiar el pasado no documentado, todos tienen la misma importancia. Lo ejemplificaré únicamente con aquella información procedente de la toponimia y de la antroponimia: parece claro que un topónimo se crea en un ambiente lingüístico concreto y que, con seguridad, es fruto de la lengua que se habla en el momento, y ese podría ser el caso de *Oiartzun*. Pero no debemos olvidar que las modas también pueden tener su importancia, y la extensión de elementos lingüísticos pudo ser general y extenderse en el tiempo: ¿todos los nombres en *-ama* son antiguos y remiten necesariamente al mismo horizonte lingüístico?

La toponimia mayor es más duradera en el tiempo, lo cual puede ser un problema, porque un topónimo no tiene por qué cambiar cuando la lengua de sus hablantes lo hace; pero muchos de los topónimos que LZ utiliza son modernos y procedentes de localizaciones menores o de nombres de caseríos, lo que supone trabajar con un material más cambiante que la toponimia mayor. La toponimia es también más fiable cuando el nombre se aleja de cualquier referencia apelativa de la lengua: así, *Oiartzun* pudo responder a una formación puntual que se relacionara con las características concretas del lugar y que fuera, en cierta medida, única. Pero un nombre relacionado con un apelativo (como *Getaria*) quizá no nos aporte la misma información sobre su origen: la forma (cuya primera atestiguación es, por otro lado, tardía) ¿era importada de otro sitio en el que hubiera también unos viveros de peces?

También la antroponimia tiene un papel importante en esta obra; y sobre los nombres de persona podemos decir que, a pesar de no tener una gran profundidad temporal y estar siempre sujetos a modas, tienen, sin embargo, una virtud: reflejan casi a tiempo real el ambiente lingüístico del momento, aunque no nos informan directamente de la lengua de sus portadores. En ese sentido, también es diferente el valor de un nombre tomado en su contexto (como *Belteso*) y los que perduran de una manera u otra en formas toponímicas o de otro tipo.

Como digo, la obra conjuga materiales de diversas disciplinas en un equilibrio algo inestable; y como el autor cita a Gorrotxategi a la hora de poner en relación la arqueología con las comunidades lingüísticas (p. 70), diremos que el mayor *desideratum* para que nuestra alegría fuera completa es que también las cronologías de ambas coincidieran. Me refiero a la dispersión de los Cromlechs y su posible asociación (supraprovincial) con la comunidad lingüística.

No quiero concluir sin volver a poner de relieve la importancia del manejo de documentación procedente de varios orígenes y la trascendencia, entre tan escaso material, de un fino análisis que equilibre la importancia de cada uno de los datos. Esperemos que nuevos datos puedan ayudar a decidir si es el camino correcto.